

matilde campilho
jócquei



kriller71 ediciones

kriller71 ediciones / colección poesía

director de la colección

aníbal cristobo

consejo editorial

carlito azevedo, edgardo dobry,
ezequiel zaidenweg y veronika paulics

fotografía de portada

maggie zulovic / www.maggiezulovic.com

diseño de logo y paracaídas

walter gam

revisión

franco castignani / maria archer

isbn

978-84-946203-7-9

depósito legal

B 24194

kriller71 ediciones

<http://kriller71ediciones.com>

info@kriller71ediciones.com

© matilde campilho, 2017

© de esta edición, aníbal cristobo, 2017

Obra publicada com o apoio do Camões – Instituto da Cooperação e da Língua, I.P.

Obra publicada com el apoyo del Camões – Instituto da Cooperação e da Língua, I.P.

matilde campilho

jóquei

traducción de aníbal cristobo
prólogo de arancha nogueira



kriller71 poesía #30

Prólogo

*“Describir o comezo,
xurar que estiven aquí moito tempo antes de ter chegado
xogo a atoparte de casualidade.
Diáspora da cidade.”
-Andrea Nunes Brións*

***norwegian wood.* Domesticar una voz trapecista.**

La primera vez que escuché hablar de Matilde Campilho, fue en una conversación casual, casi irrelevante, sobre poetas “jóvenes”, ese concepto tan amplio como ideologizado. Me llamó la atención que fuera una mujer y que alguien estuviese hablando de ella. Sin embargo, tenía prisa, como casi siempre. No presté mucha atención. La segunda vez que me topé con ella fue en ese monstruo que es internet. Escondida entre vídeos de *gamers*, *influencers* y últimos lanzamientos musicales, allí estaba. Palabras y lienzo. Tenía un acento curioso, un portugués amable, y me conmovió al terminar de decir “nós” en el poema *Estação do trem*. Supe entonces que a Matilde Campilho no se la podía escuchar con prisa. Como a casi nada.

Me pregunté entonces cómo podía ser que desde aquí, en mi caso, desde Galiza, no hubiese oído resonar esa voz (la real, y la poética) con más brío que en una conversación casi insignificante. Recordé, luego, que Matilde Campilho es portuguesa, o mejor dicho, medio portuguesa, medio carioca. La invisibilidad tiene estructuras claras, e incluso desde los márgenes tenemos a veces dificultades para palparnos las yemas de los dedos. Más, para escuchar(nos) poesía.

Asimismo, la poesía portuguesa se asocia aquí a no más que un par de cosas. Una, tal vez, los heterónimos. La capacidad de las voces múltiples. La inmortalidad de Pessoa, o de Alberto Caeiro, o de Álvaro de Campos. Por otro lado, la melancolía. Esa suerte de nostalgia, para aquellos que no poseen la palabra *morriña* o *saudade*, que al cerrar los ojos imaginamos como una niebla espesa y azulada, casi tan azul y tan grisácea como los cuadros de Maria Helena Vieira da Silva. La literatura brasileña, si conocida, no se asocia aquí prácticamente a nada. Puede que a samba, a Chico Buarque; algunas veces, a Clarice Lispector. Comprendí entonces el porqué de ese desconocimiento, que imaginé mutuo, y me apenó.

Sin embargo, como casi todo lo que no se mediatiza (o, mejor dicho, como casi todo), Matilde Campilho se escabulle de los lugares comunes de sus dos procedencias de una manera silenciosa. Considerada “nueva poesía portuguesa”, afincada y dada a conocer en Brasil, poeta y periodista, viviendo ese sueño milenial de la liquidez de las fronteras, Matilde escapa con sutilidad

de las etiquetas. Coqueteando con *Youtube* a través de la videopoesía, se abraza al mismo tiempo a muchas de las características de la tradición, a temas clásicos y filosóficos, libros largos, palabras lindas. Y también, por qué no, a algunos de los estereotipos con los que abría este prólogo.

Jócqwei es voces -varias- llenas de vida, cantar, bailar, escuchar el aire, subirse en el metro, corrientes dinámicas. Es todo lo que tomaríamos por carioca. A un tiempo, una niebla melancólica envuelve sus palabras, como recordándonos continuamente *yo también podría ser un fado*. Es quizás esa paradoja lo que se nos resiste, lo que nos resulta atractivo.

En *Jócqwei* hay algo de bonito en todo, incluso en lo trágico. También algo de melancólico en todo, incluso en lo bello. Pero no se nos antoja artificial. Tal vez porque así es como es, como es todo. Es una escritura leve. Tiene ese aquel de condensar lo que por veces parece escritura automática con una naturalidad capaz de crear ese efecto gravitacional, ligero, que nos lleva en una especie de juego infantil a sobrevolar las palabras. Porque eso es lo que hace Matilde Campilho, jugar con las palabras. Jugando con las palabras, juega también con el espacio (¿es la ciudad la ciudad o un intercambio onírico?), juega con el ritmo, juega con el silencio, juega con el género, juega con el amor. Porque *Jócqwei* es, ante todo, un poemario de amor. De un amor que son muchos -heterónimos, al fin y al cabo- y que es muchas veces otras cosas. Pero amor.

Un amor que parece casual, pasajero, incluso frívolo; un

amor que quiere enseñar el último rincón del cielo antes de volver en transporte público con el *rímmel* corrido; una especie de amor de *Antes del amanecer* que es también una historia de amor a los espacios del hoy: el amor entre las persianas, el amor de corazones en las piedras, el amor frente a la carretera general, el amor que juega al bádminton, el amor de los vuelos baratos, el amor sobre cabezas de tigre. Que a veces se traviste del amor de siempre, canta coplas, conduce un *cadillac*, es una foto en sepia, es lo tierno de la tienda de discos, pero vuelve en transporte público con el *rímmel* corrido. *Mudou tudo, honey.*

La autora habla/juega con la certeza de quien supo comunicar con videopoemas, con un formato tan efímero e inmaterial (para algunos), pero a quien tampoco le tiembla la boca al decir violación. Al retratar lo feo, que también hay mucho. Quizás en eso consiste el amor. Nos confunde, nos reta, nos estafa a veces, y a pesar de todo es una escritura que nos resulta tan evidente que no rechina. Un juego al que sabemos jugar todos, porque habla en nuestro idioma. Y habla en nuestro idioma porque es verdad, porque es aquí y ahora; porque Matilde Campilho tiene melancolía y samba, pero también podría estar escribiendo desde México, Holanda o Filipinas.

Jócqwei, desde el mismo título, no escapa de los referentes de su generación, porque no pretende situarse por encima, ni siente nostalgia de ningún tiempo pasado. Eso lo lleva a crear una suerte de imaginario multicultural -Brooklin, Whitman, Manhattan, Meg Ryan,

New Orleans-, un libro multilingüe donde el inglés y un portugués de dos continentes negocian la comunicación. Un imaginario globalizado sin complejos, que es el de su generación y también el del ya. Conjugando así el amor, la vida y el porqué con lo pop, lo ready-made y lo líquido (que diría Zygmunt Bauman). O, lo que es aun más importante, conjugando cultura popular y alta cultura (en esa historia que son muchas historias) sin vergüenza, y también sin afán de rebeldía. Como un discurso natural y comprensible que escapa al control intelectual de una autora que parece sólo dejarse fluir por los cauces -a veces contradictorios, siempre realistas- de esta historia de amor al completo. Matilde Campilho, consciente o inconscientemente, se apodera en *Jócqwei* de la voluntad posestructuralista de romper las dicotomías. Los binomios innecesarios, que no responden a nada más que a un apego ególatra a lo elevado. Las voces de *Jócqwei* quieren salir de algo y quieren regodearse en algo. Son el espacio asfaltado y rápido de los escaparates; son también el tiempo onírico y rosado de algún sitio parecido al paraíso. Las voces de *Jócqwei* son a veces perversas, malencaradas, superficiales; otras veces son únicas, generosas, estupendas. Son tan humanas que son a veces todo y otras veces nada, y se aburren. Y bajo este discurso aparentemente frágil, tan fácil de leer como de ignorar, Matilde Campilho nos da pistas. Nos incita a saber mirar todo lo que queda detrás de la sorpresa. También lo que hay detrás del tedio.

Saiba também, querido, que muitas vezes a sombra de um desenho é bem mais bonita do que o desenho que está à vista. É preciso estar atento, e descobrir o bichinho

que se mexe debaixo da folhagem.

Y así, la verdad. Y el amor. La *performance* del amor en la ciudad, en el tiempo, en el sueño. Del odio, también, a veces. Del hastío. Ser *Jócqwei* de vez en cuando. Calibrar los puntos de sal. Estar a punto de caerse. Condenar el trapecio. Disfrutar el trapecio.

Arancha Nogueira

FUR

con pinta de Whitman

fue así como pensaste que yo vendría al mundo
fue así como me viste en el bosque
fue así como me viste colgado en el poste eléctrico
siempre colgado en un ramo cualquiera
siempre usando el verano.

¿te acuerdas de ese verano en Brooklyn
en que estuvimos persiguiendo a los bomberos
durante todo el día sólo para ver
una vez y después otra vez
el abanico acuático que se abría sobre el fuego?
tú citabas poetas húngaros pero en ese tiempo
a mí sólo me importaba inventar una lengua
que no existiese.

¿te acuerdas del *concierge* que nos recibía
en la pensión de Brooklyn como si nunca
nos hubiese visto antes?

y no había semana que pasase
en que no durmiésemos
por lo menos una madrugada
en la pensión de Brooklyn.
recuerdo los dólares arrugados
que yo semanalmente sacaba del bolsillo
para pagarle a Doug
yo sabía el nombre de Doug
Doug nos trataba disimuladamente
de “niña” y “niño”.
tú decías que los dólares venían

siempre con una forma diferente
me encanta como consigues sacar un conejo del bolsillo
me encanta como consigues sacar una lámpara del bolsillo
me encanta como consigues sacar la Beretta 92fs del bolsillo

fue así como pensaste que me quedaría
en el mundo
con cuerpo de bestia vestida
usando un lápiz en la oreja

fue así como me viste
pidiéndole tres huevos a Miss Elsie
la señora de la mercería de la Court Street
ella me dio ocho huevos
porque siempre daba algo
yo le gustaba muchísimo y ella no creía
en número impares. yo tampoco.
me acuerdo de ti en la abacería
de Brooklyn
tú solías quedarte allá atrás
jugando en la sección de herramientas.
si yo tuviera más que un conejo,
una lámpara o una pistola
te habría comprado una Black & Decker
creo que serías la persona más feliz de la isla
con una Black & Decker metida en el cinturón.

fue así como pensaste que me quedaría en el mundo,
usando flores en mi pelo negro,
siempre escondidas en la maraña de rizos
siempre escondidas en la maraña del caos

de mi cabeza negra.

sólo tú sabías cuántas flores usaba
porque ahora ya sé
que dedicabas las noches
al conteo. Dios no duerme
y tú tampoco.

PRÍNCIPE EN LA ROSALEDA

Escúchame
esto es un poema
no habla de amor
no habla de bufandas
azules sobre los hombros
del cantor que suspende
los talones
al borde del acantilado
No habla del rolex
ni de la banderola
de la federación uruguaya
de esgrima
No habla del lago drenado
en el bosque americano
No dice nada sobre
la confitería apestosa
que recibe a los noctívagos
para el desayuno
cuando el día ya pasó
Esto es un poema
no habla de conmociones
en la misa de las siete
ni habla del porcentaje
de mujeres que se espantan
con la imagen del marido
recortándose la barba en el ocaso
No habla de los tractores rotos
en el bosque americano
no habla de la idea de norte

en la ciudad de los revolucionarios
No habla de llanto
no habla de vírgenes confundidas
no habla de publicistas
de codos gastados
Ni de manadas de ciervos
Escucha bien
esto es un poema
no va a alinear conceptos
del tipo libertad igualdad y fe
No va a arreglarle el pelo
a la chica que trabaja
con ahínco en la caja registradora
del supermercado
No va a mejorar
No va a mejorar
esto es un poema
escucha bien
no habla de amor
no habla de santos
no habla de Dios
y tampoco habla del labrador
que dedicó 38 años
a descubrir una visión
casi mística
del hombre que canta
y atraviesa
la carretera nacional 117
para llegar a casa
o a algún lugar
cerca de casa.